Entalle bárquida de cornalina en las ruinas de Baria (Villaricos, Almería)

ANTONINO GONZÁLEZ BLANCO, PEDRO A. LILLO CARPIO, JOSÉ ANTONIO MOLINA GÓMEZ

SUMARIO

Se ofrece el estudio de un entalle de cornalina, hallado en las ruinas de Baria (Villaricos, Almería). Representa un rostro de varón barbado y laureado, que presumiblemente y por los paralelos numismáticos, es Amílcar.

PALABRAS CLAVE

Glíptica, entalle, Amílcar, Baria, Melkart.

1. Introducción

El objeto de nuestro estudio es un entalle de cornalina, hallado en las ruinas de la importante ciudad púnica de Baria (junto a las ramblas del Almanzora). En el entalle se representa el busto de varón barbado y orientado hacia la izquierda, de perfil y con corona de laurel, que muy probablemente, y a juzgar por los paralelos numismáticos, corresponde al bárquida Amílcar. Examinaremos primeramente el contexto arqueológico de la pieza.

2. Las excavaciones de Villaricos

El yacimiento arqueológico, poblado, necrópolis y, más al norte, los hipogeos púnicos, están ineludiblemente asociados a las tareas prospectoras de excavación y científicas del pionero de la Arqueología del Sureste Español, Luis Siret, el ingeniero de Minas belga que se instala en las últimas décadas del siglo XIX en la desembocadura del Almanzora, en un área privilegiada y, que aún guarda parte de su fisonomía decimonónica en torno a lo que fue su casa y sus jardines y el entorno inmediato donde trabajó durante más de medio siglo. Muy cerca de su lugar de residencia sobre la margen izquierda del río Almanzora está el Almizaraque, importante yacimiento calcolítico, cuna de la metalurgia de la Europa Occidental y, más al oriente, el impresionante conjunto púnico de Villaricos, en la margen derecha de la desembocadura[1]. Precisamente la zona comprendida entre Villaricos y el río Guadiro en Málaga forma un área de ocupación y asentamientos fenicios, que están aportando novedades al ser descubiertos recientemente por la arqueología, y para los que las fuentes escritas no daban hasta ahora mucha información[2].

3. La ciudad cartaginesa

Los restos de la ciudad púnica se asientan sobre la cumbre y a lo largo de una colina que representa el último escalón de las estribaciones de la sierra de Almagro y que de Norte a Sur avanza hacia el mar. Más hacia el Noreste, a unos centenares de metros, hallamos el actual poblado de Villaricos, del que heredó su nombre el yacimiento arqueológico. Para muchos autores es este el asentamiento de la ciudad de Baria que mencionan las Fuentes Literarias Antiguas, con su población púnica y su presencia vernácula. Los restos de la ciudad ocupan la cumbre septentrional –la calificada como acrópolis por Siret– y más allá, al norte, en la vaguada, orientadas a mediodía, las entradas de los hipogeos principescos. Las excavaciones de la necrópolis proporcionó cronologías relativamente altas. La presencia de cerámicas áticas, entre ellas grandes cráteras de figuras rojas, proporciona cifras cronológicas de tránsito entre los siglos VI y V a.C. para las piezas más antiguas.

En términos generales el yacimiento, extensa y profundamente excavado en época de Siret, ha sido muy degradado por hallarse además en una zona de especial exposición al tránsito y en los últimos decenios la situación se ha agravado con la ocupación y edificación de gran parte de su superficie como área residencial.

La ciudad púnica corresponde a toda una serie de establecimientos estratégicamente ubicados a lo largo de la costa y que, festoneándola, van creando las sucesivas escalas de los largos periplos transmediterráneos que cita Avieno (vv.375-377) o Pesendo Escilax (I,16) y que en los últimos treinta años han evidenciado y estudiado las escavaciones arqueológicas de La Fonteta de Guardamar, las excavaciones en sectores paleopúnicos del área urbana de Carthago Nova en torno a Plaza San Ginés-Calle del Duque-Parque Torres, la Isla de Mazarrón y toda la serie de yacimientos que, tras Villaricos, recorren la línea meridional hacia el Atlántico, entre los que cabe destacar Terreros, Adra, Almuñécar, Frigiliana, Chorreras, Toscanos-Mezquitilla y desembocadura del Guadalhorce y que confirman lo relatado por M. Agripa sobre la presencia de púnicos en fundaciones propias, desde el Estrecho al Sureste (Plinio, *Nat. Hist.*, III,8); serían los establecimientos habitados por las gentes a las que Ptolomeo llama bástulos y dice que son de origen púnico (Ptolomeo, II,4,6) y a los que Apiano también llama bástulos pero con su nombre compuesto y habla de bástulo-phoenicos o blastophoenicos (Apiano, *Iberia*, 56) al igual que Marciano de Heracleia (Marciano de Heracleia II,9). Es evidente que estos establecimientos coloniales corresponden a la serie de *emporia* de gentes de Carthago que se aposentan, bien sobre anteriores instalaciones fenicias, bien como fundaciones *ex-nouo* en lugares que consideran idóneos y cuidadosamente elegidos en la costa a partir de su derrota en la I Guerra Púnica y para potenciar la explotación de áreas de amplias posibilidades.

Las excavaciones de Siret pusieron al descubierto las balsas de salazón de Villaricos, similares a las balsas púnicas de *garum* de los establecimientos del norte de Africa, a las de Baelo en Cádiz y a las de Balsippo y Cetraria así como al conjunto de ellas en el área del Algarbe, en Bocca do Rio, Sennora de la Luz, Portiñao, Perade Baixo, Praia de Quarteira, Torre de Ares, Antas y la serie de instalaciones del Alcácer do Sal, o la posteriores del área de Cartagena y Mazarrón con estructuras semejantes a las púnicas

La importancia de la actividad minero-metalúrgica debió ser intensa, si bien enmascarada desde la perspectiva arqueológica por la intensa remoción y el aterramiento con escoriales especialmente en el periodo correspondiente al último tercio del siglo XIX y el primero del siglo XX.

Es indudable que la estratégica situación de Villaricos es equiparable a sus inmediatas vecinas al noreste: Mazarrón y Cartagena. Tiene, como ellas, las minas en la sierra costera, casi a pie de puerto. Los ricos yacimientos metalíferos de las sierras de Gádor, Almagro, Almagrera y Lomo de Bas en la inmediata Aguilas le ofrecen la posibilidad de obtener menas ricas en plata, hierro, cobre y estaño.

Los hipogeos de Villaricos están situados en la vaguada inmediata, al norte de la ciudad, tierra adentro, a unos 300 m. Estos grandes hipogeos excavados en la ladera de la colina, con su acceso orientado a mediodía tienen un dromos de acceso con una serie de escalones tallados en la roca de pizarra meteorizada y a modo de amplia trinchera se enfrenta al acceso a la cámara, rectangular con arco simulado; la amplia entrada se cerraba con una gran plancha de piedra hecha a medida. El interior de la cámara del hipogeo, con el techo tallado en forma de bóveda simulada tiene talladas unas lejas para ofrendas en el muro de roca y estaba enlucido con yeso y cal blancos con cenefas y zócalos blancos.

En la colina Q halló Siret una serie de tumbas cartaginesas típicas en pozo, excavadas igualmente en la roca de pizarra meteorizada del lugar, y a una profundidad de unos dos metros. Su cronología corresponde a los siglos IV y III y en su mayoría son de inhumación; la mayoría son individuales. La incineración, propia de los pueblos ibéricos, es muy rara en la necrópolis y puede responder a una escasa presencia de iberos como miembros destacados en la comunidad mayoritariamente púnica de la ciudad. Las tum-

bas estaban generalmente tapadas con losas de piedra y tablas de madera y precintadas con masa de yeso.

Los ajuares, al igual que en los ajuares funerarios romanos contemporáneos, son frecuentes los sarcófagos de madera y se deposita en ellos huevos, en este caso huevos de avestruz importados y utilizados como vasos-ofrenda y decorados con incisiones en formas geométricas o con metopas figuradas con motivos alegóricos o alusivos como aves, peces y cabras; los motivos decorativos son frecuentes, de ascendente clásico y pervivencias de motivos orientalizantes. Estos ajuares son un claro exponente del eclecticismo cultual púnico, no sólo fruto del intercambio comercial sino también cultual, como miembros más o menos integrados en la koiné del Mediterráneo clásico. Así, aparecen, junto a elementos propios de los ajuares suntuarios cartagineses, piezas griegas, itálicas, egipcias y un considerable número de elementos propios y exclusivos de los ajuares ibéricos, especialmente funcionales: piezas, cuchillos afalcatados, falcatas, fíbulas, broches de cinturón y vasos cerámicos característicos.

4. El entalle de cornalina y su contexto

La pieza objeto de estas líneas tiene como soporte una plaquita pulida de cornalina de perfil ovalado y de color rojo vinoso de textura ambarina. En la parte frontal está labrada y representada en negativo un rostro varonil barbado mirando hacia la izquierda. El pelo de la barba y la cabeza están ondulados y sobre las sienes aparece una corona de laurel. El rostro y cuello son de rasgos robustos y musculosos así como la frente y el rictus de los labios y la nariz fuerte, afilada y aquilina.

El hallazgo de la pieza mencionada fue en el área meridional de la pendiente sobre la que se asentaba la ciudad, aproximadamente a la altura de los restos de las piletas de garum (zona nº 1) y que, en su día, excavó L. Siret. Esta zona, ya determinada entonces por el arqueólogo (zona 3) corresponde al sector industrial del emporio.

La pequeña cumbre, que la domina, coronada actualmente por un fortín para guardar la costa, es la que determinó el excavador belga como de talleres metalúrgicos; es evidente que hace más de un siglo, cuando él tuvo la ocasión de llevar a cabo las primeras prospecciones, ya había evidencia de actividad metalúrgica en tiempos antiguos, con restos de tierras refractarias sometidas a las altísimas temperaturas de los hornos, escorias de cobre, hierro y plomo, mena de mineral triturado entre los que cabe destacar restos de oligisto, limonita galena y calcopiritas en cantidades considerables, así como gotas y fragmentos de jarapas de estos metales fundidos.

La zona más meridional, pendiente abajo, presenta también restos de mineral, pero en menor proporción. Los fragmentos cerámicos, de ánforas y de vasos de barniz negro nos aproximan a una cronología de tránsito de los siglos III al II a.C.

Es aquí, en este sector, en donde hallamos, además, restos de pequeños fragmentos de coral rojo del Mediterráneo, con evidentes marcas de haber sido manipulados, serrados, limados y sometidos a abrasión o a pulido; esto evidencia una actividad precisa y delicada cuya constatación consideramos del mayor interés. En todo el sector es evidente la presencia de numerosos fragmentos de concha, al parecer intencionadamente rotas, de murex trunculus, murex brandaris y púrpura hemastoma, los tres gasterópodos mediterráneos frecuentemente explotados para la obtención de la púrpura, pigmento que, evidentemente debió ser obtenido y manipulado en estas factorías como en tantas otras del área meridional de nuestras costas.

Es digna de constatar igualmente la presencia de fragmentos de huevo de avestruz en este sector (el 2), todos de dimensiones mínimas (unos 2 cm^2), perfectamente pulidos en su superficie y algunos también en sus cantos, por lo que cabe la posibilidad de que no procedan de piezas votivas de necrópolis púnicas sino, más bien, de talleres que trabajaban de forma artesanal esta gruesa cáscara para la fabricación de taraceas u otros tipos de incrustaciones.

5. El entalle Bárquida

El entalle objeto de estas líneas se encontraba en el área del contexto descrito con el fin de encuadrarlo en la forma más precisa posible. Es evidente, una pieza de cornalina, tallada primorosamente en negativo sobre el duro silicato

traslúcido y limpio. Tanto en las proporciones como en la forma, grosor, pulimento, biseles y acabado y, sobre todo en la talla, es una pieza de innegable factura helenística, que recuerda a los ejemplares bien conocidos de tradición helenística y romana[3].

Está claro que la pieza nos remite de inmediato a la glíptica griega de la mejor época y hallamos paralelos muy aproximados en piezas procedentes de los talleres griegos o suritálicos de los siglo IV y III a.C. Pero también nos aproxima, y más aún, a los modelos numismáticos generalizados en el siglo III a.C. en las grandes culturas mediterráneas. Y es evidente que la numismática púnica es tan afín en sus formas a las piezas helenísticas que sus cecas pueden homologarse en estilo y forma con las de otras *poleis* de alta tradición griega. En este entalle vemos esas analogías. La moneda bárquida es una fuente de primer orden para la comprensión de la historia económica del momento, pues con su uso se incentivó la economía monetal y el intercambio de productos, pero también es una ayuda para comprender la ideología y aspectos de la historia cultural[4]. Las acuñaciones bárquidas indican si no la independencia plena de unos generales poderosos respecto de la metrópoli, sí denotan al menos la autoridad y poder que llegaron a reunir los Barca. La numismática Bárquida sin perder su propia particularidad siguió los patrones de la koiné helenística en lo referente a la costumbre de acuñar monedas en las que la cabeza de los monarcas se representaba con los atributos de divinidad, fue una constante, y se podrían recordar entre otros antecedentes los ejemplos del propio Alejandro, sus sucesores, y aún los que conocemos en el mundo romano, como en el caso de Marco Antonio, con la cabeza coronada con hojas de hiedra. Todos ellos se retratraron con rasgos propios de la divinidad. Los retratos de las monedas bárquidas están inspirados en estos patrones, cosa visible por su estilo y por la presencia de la diadema y de la corona de laurel, que es atributo de la realeza (como es notorio en las monedas acuñadas por los reyes de Pérgamo). Todo esto habla en favor de una helenización del mundo Bárquida particularmente, y cartaginés en general, en su lenguaje iconográfico y nos revelan concepciones antropológicas más profundas[5]. Todo lo cual responde a una tendencia general de la época, ya que el arte helenístico se había convertido en un punto de referencia para todos.

En las series monetales púnicas del último tercio del siglo III a.C. y especialmente entre las acuñadas en la ceca de Karti-Hadasti, hallamos un hermoso anverso, el del perfil de Amílcar-Barca heroizado como Melkart-Heracles que es de una sorprendente semejanza con la figura del entalle objeto de nuestro trabajo, en cuanto al perfil, la corona de hojas que rodea su cabeza y la composición en general. El parecido de la pieza con el rostro de Amílcar-Melkart es innegable y sorprendente pero hay un detalle que salta a la vista: el tratamiento de la barba del personaje representado.

En los más depurados y realistas trabajos en glíptica las técnicas de tratamiento del material son mun distintas. Es evidente que el trabajo sobre el duro silicato comporta unas dificultades distintas y de mayor riesgo y limitación que la que comportan los materiales blandos, plásticos o maleables o los metales cuando se pueden llevar a cabo el proceso de fusión y vertido en molde.

Aun así, llama poderosamente nuestra atención el tratamiento del entalle en cuestión, especialmente en lo que se refiere al tratamiento de la barba del personaje representado. Mientras que en las representaciones en otros materiales, de modo especial en los anversos de los siclos bárquidas, la barba aparece con bucles de curvas sinuosas y regulares, en el entalle este motivo tiene un carácter irregular, disimétrico y a veces con trazos abruptos y rectilíneos, en contraste con la suave clasicidad del resto de la composición. Si comparamos la armoniosa firmeza de trazos, rectos o curvos, del rostro o del tratamiento del cabello y la corona de laurel, observamos que hay un especial modelado de formas, perfectamente regulares y suaves. En cambio, la barba parece desentonar con una sucesiva serie de ondas, distintas e irregulares. De ahí nuestra interrogante ante esta serie de motivos, de grafías, diversas y sucesivas; podemos plantear, en principio, la hipotética lectura del posible texto que, desde el mentón al pabellón auricular, parece recorrer el maxilar de este retrato del pri-

mer jerarca de la dinastía Barca que vivió y murió en la Península.

6. A modo de conclusión

Perspectivas histórico culturales

En el entalle que centra nuestra atención, es de notar la interesante relación con Melkart, ya atestiguada en la numismática, y que encaja bien con lo que sabemos de la vinculación de Herakles-Melkart con el panteón Bárquida[6]. Al mismo tiempo hay que tener en cuenta la helenización del lenguaje artístico empleado, en su identificación con Melkart se están siguiendo los cánones de la tradición helenística. La helenización de los Bárquidas también nos lleva a una cuestión de antropología histórica, es decir, nos lleva al problema de la posible heroización de algunos miembros de esta familia aristocrática[7]. La heroización del caudillo encuentra terreno abonado tanto en el mundo helenístico (como hemos visto desde Alejandro) y cartaginés (muy helenizado y con generales lo bastante fuertes como para no responder ante ninguna instancia superior), como en el ibérico (en relación con su concepción carismática del caudillo guerrero donde no es extraña su divinización). La heroización es un problema a tener en cuenta en la historia de los caudillos bárquidas, cuya asimilación a Melkart nunca es gratuita y que desarrollaron una importante actividad en la Península Ibérica con la que demostraron su capacidad personal de obrar en el límite de sus atribuciones formales, como verdaderos caudillos militares.

Notas

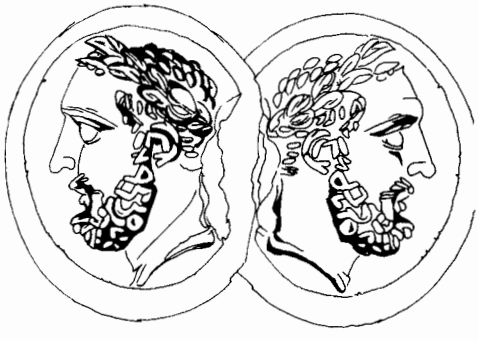
1 Siret, L. *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Memorias de la Real Academia de la Historia XIV, Madrid, 1906.

2 Aubet, Mª. E., "La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular", *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla 1986, 619 y ss.; ead., *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edición ampliada y puesta al día*, ed.Crítica, Barcelona, 1994, 261 y ss.

3 Elzinga-Mandel, U., "Eine Gemmensammlung aus Alexandria im Akademischen Kunstmuseum der Universität Bonn", *Bonner Jahrbücher* 185, 1985, 243-298; Zwierlein-Diehl, E., *Die Antiken Gemmen des Kunsthistorischen Museums in Wien*, Band I: *Die Gemmen von der minoischen Zeit bis zur frühen Kaiserzeit*, Prestel Verlag, München, 1973; Band II: *Die Glasgemmen. Die Glaskameen. Nachträge zu Band I. Die Gemmen der späteren römischen Kaiserzeit*. Teil I: *Göter*, Prestel Verlag, München, 1979.

4 Villaronga, L., *Las monedas hispanas-cartaginesas*, Barcelona, 1973.

5 Picard, G. C., "Thémes Hellénistiques sur les stèles de Carthago", *AAfr* 1, 1967, 9 y ss.; Hahn, I., "Die Hellenisierung Karthagos und die punisch-griechischen Beziehungen im IV. Jh v.C"., *Hellenische Poleis* 2, Berlín 1974, 840 y ss.; Picard, C., "Les sources de l'iconographie hellénistique à Carthage", *ACFP* 1, 725 y ss.; Blázquez Martínez, J.Mª., García, M.P. & Pérez, G., "Los Bárquidas en la Península Ibérica", en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Vol. I, Roma, Consiglio Nazionalle delle Ricerche, 1991, pp. 27-50.

6 Liv. XXI 2, 99; Sil.It. III 1 ss.

7 Blázquez Martínez, J. M., García, M. P. & Pérez, G., *art.cit.*, p. 38, fig.14.